

Literatura y subjetividad

La emergencia del sujeto en la escritura literaria

Fabián Gabriel Mossello

A partir de su experiencia a cargo de un taller literario, Fabián Mossello reflexiona sobre los cruces entre la identidad y la escritura literaria. El autor explora las formas en las que el yo asoma en las producciones ficcionales de los talleristas, y analiza diversas modulaciones de este fenómeno. Sobre el final el interrogante se abre también sobre el terreno de la inteligencia artificial, con las posibles consecuencias que acarrea para la literatura y la subjetividad.

* * *

El momento de la escritura siempre me ha parecido mágico, chamánico. La disposición del papel sobre la mesa, las muecas y gestos reconcentrados del 'escribidor', la vibración del lápiz sobre la superficie bidimensional para imprimir el pensamiento a través de palabras, acercan la escritura a la alquimia.

Muchas cosas pasan en ese laboratorio mínimo, desde los experimentos más osados, con explosiones y tiros, hasta las fórmulas súper probadas del final feliz. Sin embargo, uno me inquieta, por sobre otros, por su persistencia e intensidad. Se trata de un aspecto no contemplado de las escrituras, al menos para mí, y que desde hace un cierto tiempo ha empezado a reclamar su presencia, aunque su descubrimiento, debo aclarar, no devino de una reflexión sesuda y metódica; más bien apareció como epifenómeno de la práctica.

Eran las 10 de la mañana de un día soleado y apacible. Los alumnos se habían dispuesto en círculo para escribir. No sabía todavía con certeza qué íbamos a hacer. Computadora abierta en el archivo del taller, arriba y abajo las páginas del Word, hasta que encontré algo: “escribe un relato breve a partir de un personaje curioso de ficción”. De ficción significaba de ficción, les dije, es decir, sin que se ajuste, en principio, a un hecho acaecido. En un primer momento me escucharon, me miraron atentos, con esa mezcla de azoro y temor que producen las consignas de escritura. Después se pusieron a escribir por un tiempo. Mágica imagen de alambique, los lápices furiosos y furtivos sobre el papel, hincados ante la palabra que se escapa y llega. Mágicas lapiceras en la tarea, con ese placer que produce ver los trazos audaces o tímidos; las letras enormes o diminutas sobre la hoja haciendo del mundo sólo ese territorio que parece escaparse y volver.

Pasado un tiempo que no recuerdo, alguien dijo ‘terminé’. Y los otros parecieron regresar del embrujo en el que se habían sumido y también fueron diciendo lo mismo. Momento de lecturas y comentarios. Una a una aparecieron las historias. Los personajes estaban ahí: pordioseros, tarotistas, profesores, astronautas, maestras y maestros. Disímiles historias se tejían en las urdimbres del texto; raros episodios de las vidas de ficción. ¿Ficción? He ahí la pregunta que empezó a pegarse en todos los textos. Los comentarios iban descubriendo las motivaciones para la invención del personaje. Uno a uno fueron construyendo un mapa que revelaba un proceso creativo que enfatizaba un aspecto no contemplado en mi propuesta inicial: todos habían pensado en un personaje existente, todos hablaban de alguien de carne y hueso –como diría Miguel de Unamuno- que había tenido relación directa con el sujeto de la escritura.

Los relatos se acercaban, a través de la máscara de la ficción, al mundo experiencial del autor y, en muchos casos, lo ponían como centro de la historia. Veamos un simple ejemplo del taller

José se internó por el sendero de los cedros centenarios, dobló para pasar frente a la casa de su antiguo amigo, el 'Ruso' y se deslizó por la estrecha calleja serpenteante de moras y frutillas. De ahí y un paso, 'La cascada de las águilas', tan empinada, como siempre. Al borde del abismo, José animó a mirar el fondo de la espuma danzando una sinfonía de voces quedas. Era la primavera rompiendo el silencio de la nostalgia del invierno, para arrimar los cortejos de truchas y las maravillas de tanta naturaleza. Se quedó mirando el agua cayendo en el vértigo; se quedó mirando la gravedad del líquido en la trama de las rocas. Entonces recordó su historia, la que lo trajo hasta este paraíso verde, ahí al filo de estos cerros.

Sin mayores esfuerzos podemos ver que José es el personaje al que se refiere un narrador que está fuera de la historia y se posiciona como 'testigo privilegiado' de las experiencias. José, un hombre mayor que revive, reconstruye imágenes de unos recuerdos que se agolpan como en un sueño. Hasta ahí todo bien. El tallerista me estaba contando una historia, al parecer, lejos de su vida. Pero en charlas y comentarios de aula se fueron desgajando otras motivaciones de la historia. Ahí estaba 'El Ruso', 'la estrecha calleja serpenteante de moras y frutillas', 'los cortejos de truchas y las maravillas de tanta naturaleza', 'estos cerros'. ¿Qué representaban, qué eran? Eran recuerdos de infancia del escritor que oficiaban de marco de la historia de José, un personaje de pura imaginación. Es decir, al extrañamiento de la escritura impersonal se le aplicaba una identificación de proporciones similares pero de sentido contrario. Me acerco y me alejo; esa parecía ser la lógica del relato de ficción, pero con la salvedad de que no estaba el escritor sujeto a los

límites de las escrituras del yo: decir algo, de alguien, en un lugar, en un tiempo que se pueda verificar. Aquí nuestro tallerista tuvo toda su libertad de contar una escena de un actor universal –José–, y esa misma libertad le ofició de marco del recuerdo, tan o más vívido como si se hubiera propuesto contar un fragmento autobiográfico

Escenas como estas siguieron sucediendo en otros momentos del taller y, poco a poco, me di cuenta de que lo que había percibido esa tarde había ya acontecido en otras oportunidades y, es más, creo que sucedía siempre. ¿Qué era? ¿Qué estaba pasando en el laboratorio mínimo del taller? ¿Qué era aquello que emergía una y otra vez con una urgencia inusitada? Las respuestas parecían concentrarse en una palabra que en los últimos años ha tenido una atención especial. Lo que estaban haciendo los talleristas era ni más ni menos que construir algún fragmento de su identidad. Pero ¿qué es la identidad? ¿Qué relación guarda con la escritura?

La investigadora Leonor Arfuch se refiere a los escritos identitarios y las conecta con el devenir de la cultura contemporánea:

En el escenario contemporáneo, lo sabemos, no hay límite para la voracidad por las vidas ajenas: biografías autorizadas o no, autoficciones, novelas autobiográficas, memorias, testimonios, historias de vida, un énfasis creciente en los diarios íntimos, las correspondencias –que se venden a veces contra la voluntad de alguna de las partes al mejor postor–, los cuadernos de notas, de viajes, los borradores, los recuerdos de infancia, la entrevista en todos sus registros, conversaciones, retratos, perfiles, anecdóticos, indiscreciones, confesiones propias y ajenas, viejas y nuevas variantes del show -talk show, reality show-, la video política y hasta ciertos dominios de la investigación y la escritura académicas. (Arfuch 2009, p. 37).

Es decir, aquella experiencia de taller podría identificarse con algunas de estas formas de escritura que en nuestro tiempo están cobrando una visibilidad destacada en el marco más general de la llamada posmodernidad, y constituyen narrativas caracterizadas por la 'fluidez' expresiva, la heterogeneidad temática y formal y, sobre todo, ponen en jaque el pacto de verdad que bien definía, hasta no hace mucho tiempo, los límites entre realidad y ficción. Así, "el carácter líquido de estos tiempos ha venido a afectar directamente nuestras vidas, a cortarlas en una sucesión de episodios mal trabados entre sí" (Cano Fernanda 2010, p. 8).

De este modo, la cuestión identitaria se asocia a un trabajo con fragmentos de episodios de vida que, de algún modo, el sujeto de la escritura 'encordela', 'hilvana' en el relato. El resultado de estas prácticas es mayormente un relato, o -mejor dicho con Paul Ricoeur- una narración:

Porque es el relato de una vida el que ofrece una trama que viene a configurar el ser del yo; podemos saber lo que es el hombre atendiendo a la secuencia narrativa de su vida. La construcción de una trama que dé cuenta del relato de una vida, una trama que despliegue, describa, detalle qué episodios se reúnen con cuáles acontecimientos configurando qué sentido para un yo (...) Si la narración puede ser una estrategia para jugar el juego del rompecabezas identitario, si puede ser el cauce que albergue una vida dando sentido al agua del cambio, la escritura habilitará, entonces, un registro para el paso del tiempo. Una Escritura que, por la vía de la configuración narrativa, nos puede dar Identidad como resultado. (Cano 2010, p. 16).

La lingüística también aporta su explicación a las escrituras de identidad. Émile Benveniste (1956) nos da una pista de por qué el sujeto que escribe retorna al Yo. Para el lingüista francés, todo acto de lenguaje -la literatura uno de ellos- supone un Yo como forma vacía que la realización de

discurso llena con sus signos. Este Yo despliega un simulacro de comunicación hacia un Tú, también lugar vacío y espacio del enunciatario textual. La lengua para Benveniste no es instrumento externo al sujeto, sino constitutiva de su ser y lugar de construcción de la subjetividad. De algún modo, lo que somos es lo que podemos decir por el lenguaje. Entonces, escribir es una práctica que modela y modula la subjetividad a través del trabajo enunciativo:

El lenguaje es pues la posibilidad de la subjetividad, por contener siempre las formas lingüísticas apropiadas a su expresión, y el discurso provoca la emergencia de la subjetividad, en virtud en que consiste en instancias discretas. El lenguaje propone en cierto modo formas “vacías” que cada locutor en ejercicio de discurso se apropia, y que refiere a su “persona”, definiendo al mismo tiempo él mismo como yo y una pareja como tú. (Benveniste 2014, p. 184).

Como vemos, el tema de la identidad es problema contemporáneo y lugar de las discusiones de semióticos, lingüistas, sociólogos, hermeneutas y pedagogos, entre otros. Todos aportan su grano de sal al mar identitario. De algún modo contar sobre lo que nos pasa parece ser la piedra angular de nuestro mundo actual. Favorecidas por el giro narrativo (Arfuch 2007) que ha modificado las orografías textuales del discurso periodístico, histórico, filosófico y hasta el de la ciencia, las narrativas del Yo se desplazan de espacios, soportes y lenguajes, para aumentar la incertidumbre sobre los límites genéricos, los usos de la lengua y la relación con la verdad:

Los desarrollos de la lingüística, la teoría literaria y el psicoanálisis, así como el propio devenir de la ficción, que ha trabajado justamente en la confusión de los límites [...], nos han desengañado de la ilusión de transparencia, de la verdad como adecuación referencial “a los hechos”, de la intencionalidad del autor y hasta de la identidad. Ya no somos tan proclives a creer que quien habla de sí mismo pueda contar la versión más auténtica de la historia, que el (propio) decir

conlleve necesariamente la espontaneidad y hasta podemos dudar de que la "vida" que se cuenta exista en algún lugar por fuera del relato. (Arfuch 2009, p. 55).

Uno de los sectores más dinámicos son los jóvenes y los nuevos espacios de producción virtuales, que en sus formas más difundidas del blog y las redes sociales, constituyen un sector societario particularmente sensible a las prácticas identitarias:

Algunos jóvenes de la generación @, nativos digitales, ellos, pero usuarios también de una red que se volvió su medio de expresión, su canal preferido, parecen haber acordado una decisión: romper el candado que guardaba el secreto de las palabras en un diario personal. Esa escritura íntima, privada y personal, ahora, puede hacerse pública, puede ponerse a disposición de lectores a través de un blog. (Cano 2010, p. 33).

Por lo que la escena de taller que narraba no parece tan desencajada, ni de los mecanismos mismos del lenguaje –que habilitan la subjetividad–, ni de las nuevas lógicas culturales e históricas que el siglo XXI propone. De algún modo, las prácticas identitarias que he intentado justificar, por un lado, desde la reflexión centrípeta –la lengua y la ‘encerrona’ del lenguaje en torno al Yo–; o asumiendo una mirada centrífuga, hacia la discusión cultural e histórica, me muestran, que cuando escribimos literatura, inexorablemente nos encontraremos con la subjetividad rondando por los pliegues del texto. De algún modo escribimos para decir, para decirnos, para hacernos espejo, unas veces plano, otras cóncavo o convexo de nosotros mismos.

Es que el proceso de escritura, que permite que la identidad se haga visible, involucra recuerdos y olvidos; omisiones y énfasis, pues en todo proceso de construcción de identidad se ligan, indisolublemente, las nostalgias eufóricas con los fragmentos olvidables de las historias de

vida. Pensada de este modo, la identidad es una construcción de los agentes sociales a partir de un recorte, unas veces consciente, otra inconsciente, de lo acaecido. De este modo:

La memoria es 'generadora' de la identidad, en el sentido de que participa de su construcción [...]. Identidad (que) da forma a las predisposiciones que van a conducir al individuo a 'incorporar' ciertos aspectos particulares del pasado, a realizar ciertas elecciones en la memoria. (Candau 2001, p. 16).

Pero volvamos al espacio del aula. Las prácticas de escritura de aquella mañana me fueron mostrando paulatinamente cómo un tallerista podía escribir sobre sí mismo, qué recuerdos enfatizaba u omitía y cuáles recursos se elegían de la paleta del lenguaje. De algún modo, las lecturas me fueron ayudando a configurar un mapa de regularidades, pistas que me hicieron suponer que todo lo que se escribe en torno al Yo no es tan aleatorio como parecía. Así en las prácticas de escritura pude visualizar tres 'momentos identitarios':

- a) El primero que llamaré *protoidentitario* conformado por aquellas escrituras, que soportadas en saberes compartidos por lo general no racionalizados, "constituye una memoria imperceptible que agita, mueve el cuerpo sin descanso, constituyendo una 'alienación fundadora de la identidad'" (Muxel, A., citado en Candau 2001, p. 20). Si vuelvo a la consigna de aquel día soleado puedo decir que la orientación en la selección del personaje aparecía en torno a ejes fuertes y decididos, entre los que prevalecía la infancia como momento histórico identitario y sus clásicos personajes cariñosos u 'ogros'. Recuerdos 'no recordados' de miedos, fobias y utopías, siempre presentes que delimitaban un espacio de expectativas para la escritura.

b) En segundo lugar aparecía, superpuesta a las escrituras protoidentitarias, un conjunto de marcas que, a falta de un nombre más apropiado, llamaré el espacio de las *memorias escolares o de los saberes aprendidos*, por ser recursos pensados como estrategias de escritura¹. En aquella consigna sobre un personaje se destacaban los trabajos sobre el lenguaje, para cuidar, ‘pulir’ la configuración del relato y hacerlo verosímil en relación a una historia de vida que permitiera una “narración, a través de la configuración de una trama, [que] viene a sintetizar esos acontecimientos dispersos y heterogéneos que comprenden una vida, a disponerlos en una sucesión, a decirnos primero esto, luego lo otro, más tarde, aquello, a extraer de esa sucesión un relato” (Cano 2010, p. 22). Los talleristas estaban reproduciendo ‘saberes’ aprendidos en la Escuela, en tanto hablar de un personaje era también ponerle un nombre, hacerle hacer algo creíble en el espacio y en el tiempo, en el marco dominado por un género que habían escuchado con suficiente insistencia en sus trayectos escolares: el cuento.

c) Por último la que llamaré metaidentidad, es decir, una identidad para mostrarse en su propia productividad. En muchas de aquellas escrituras aparecía el sujeto de la narración deteniendo el relato de los hechos y reflexionando sobre el hacer mismo de escribir. Enunciados como “Pero pienso ¿dónde estará hoy aquel personaje

¹La estrategia supone un conjunto de acciones racionalmente orientadas para la resolución de una práctica.

del pueblo?” indicaban la intención del narrador por mostrarse como productor, en el giro excéntrico –como afirma Genette (2018)– que genera todo pasaje de la diégesis a la extradiégesis². Esta estrategia se enlazaba con aquello que Walter Ong (1994) asocia con las culturas escriturarias, en tanto escribir es también mostrarse como hacedor de lo dicho.

La reflexión que estoy concluyendo, en torno a la relación entre escritura literaria e identidad, me ha llevado por la lingüística, la teoría literaria, la semiótica, los estudios culturales y discusiones actuales sobre los talleres creativos. En todo el recorrido, la literatura apareció siempre como práctica ejemplar que oxigena la memoria en ese juego complejo “de la reproducción y la invención, de la restitución y la reconstrucción, de la fidelidad y la traición, del recuerdo y el olvido” (Candeau 2001, p. 104).

Como nota final quisiera referir que la experiencia contada sigue teniendo poco ‘eco’ en la formación específica de los estudiantes en las carreras de lengua y literatura³. Si bien se viene discutiendo en extenso sobre estas prácticas de escritura subjetivante en relación a memorias, identidades y otras configuraciones de discursos, el campo de la enseñanza de la escritura en la universidad sigue estando fracturado

² Genette divide los niveles enunciativos en cuatro subniveles según la posibilidad de estar presente o ausente, dentro o fuera del enunciado. Así el narrador heterodiegético, es un narrador presente como voz (aunque el lugar de enunciación en tercera persona intenta borrar las marcas textuales), pero fuera de los acontecimientos propiamente dichos. Su nivel de competencia lo dividirá en omnisciente, equisciente y deficiente.

³ Solo dos proyectos en nuestro espacio universitario (UNVM-UNC) se han desarrollado en los últimos años en estrecha relación con las miradas desplegadas en este artículo. El primero tuvo que ver con un trabajo sobre escrituras ficcionales con estudiantes avanzados titulado *Memoria e identidad cultural. Construcción de identidades culturales a partir de procesos de escritura de ficción* (Fabián Mossello y Marcela Melana. UNVM). El segundo, más reciente, se instaló como parte del trabajo dentro de la cátedra Taller de Producción de Textos –Primer año del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM– titulado *Leer, recordar y escribir: tres momentos en la construcción de identidades* dirigido por la Mgter. Marcela Melana.

entre espacios curriculares focalizados en procedimientos objetivantes en pos de una textualidad científicamente 'correcta' y circunscripta a ese sector de la praxis llamando géneros académicos y otros -talleres creativos, literarios, grupos de lectura y escritura- en los que sí está 'habilitado' el corrimiento hacia lo subjetivo como parte esencial de la producción literaria. Con esta fractura estamos soslayando algo esencial, por lo menos desde Benveniste en adelante, y que tiene que ver con la inscripción y presencialidad del sujeto en todo acto escriturario. Por lo tanto, y retomando la experiencia descrita, es clave empezar a articular prácticas de escritura académica con prácticas literarias, no para borrar los límites y especificidades de cada una de estas áreas, sino más bien para enriquecer y dar espesor a nuestro trabajo con la lengua.

Capítulo aparte pero complementario lo tiene la emergente IA en el hacer con la escritura. Sabemos que la IA no opera sola ni es autónoma de las decisiones que requiere nuestra inteligencia humana. De todos modos, se abre un campo de incertidumbres para saber hasta dónde y de qué modos los procesos de enseñanza y aprendizaje serán atravesados por su uso. Es claro que los desarrollos en tecnología de la última década han convulsionado los modos de leer y escribir de una manera sustancial y visible en todos los niveles educativos. En este sentido, "el fomento de la lecto-escritura se encuentra atravesado por reinventiones y nuevos modos de comprensión y/o abordaje. Por eso mismo, la transmisión del conocimiento se ha reconfigurado de un modo dinámico y contundente, dando lugar a nuevos recorridos y tránsitos" (WECUDI, 2023). Es que el rol posible que le vamos a ir dando a la IA en el armado de los procesos de pensamiento es todavía un enunciado hipotético.

Tal vez la perspectiva histórica nos permita ir encontrando un hilo conductor a cierta respuesta toda vez que recordamos el 'sismo académico' producido cuando se empezó a popularizar la interfaz de Windows, el paquete de Office y aquel Google incipiente. Recuerdo que García Márquez en una nota de diario comentó que la novela (Crónica de una Muerte Anunciada) había sido escrita con un computador. El balance de los usos del procesador de texto y la Web pasados treinta o más años, creo, ha sido por demás positivo en tanto esos recursos tecno escriturarios nos simplificaron más que entorpecieron la producción y transferencia de saberes. De igual manera, si pensamos en la inteligencia artificial (IA) como lo fue en su momento y sigue siendo el corrector de Word o la corrección en línea a través de la nube, para solucionar problemas de orden general como los de sintaxis y ortografía, organización de ideas y manual de estilo, entre otros, creo que la elección de aquella herramienta va a ser muy productiva. Si, por el contrario, la IA ayuda al plagio, la copia y otras apropiaciones varias de ideas ajenas estaremos haciendo un mal uso y nuevamente se abrirá esa brecha que tantas veces hemos presenciado en las aulas entre los escritores 'honestos' que hacen el esfuerzo de producir textos genuinos y aquellos que se 'suben' al decir de otros.

Nuevas preguntas desde un panorama visible y tangible que tensiona las teorías hasta ahora aceptadas y nos lanzan hacia nuevos horizontes epistémicos. Tal vez debamos ir mudando paulatinamente nuestras concepciones de lectura y escritura sujetas al papel y el lápiz para abrirnos a otros circuitos del decir donde se juega mucho más con la conectividad global de ideas y la celeridad de los circuitos informatizados para el procesamiento del lenguaje. Sin embargo, sea del modo que sea

y con la tecnología que adoptemos, las didácticas de la escritura deben garantizar ese espacio que se abre siempre que vamos a plasmar nuestras ideas; un espacio en el que la creatividad, lo singular y personal se tejen desde el lenguaje y proyectan hacia la sociedad, hacia la cultura:

Referencias bibliográficas

- Arfuch, L. (2007). *El giro narrativo en las ciencias sociales*. Córdoba: Doctorado en Semiótica, CEA, U.N.C.
- . (2009). *Historias de vida: subjetividad, memoria y narración*. Buenos Aires: Diploma Superior Lectura, Escritura y Educación.
- Candau, J. (2001). *Memoria e identidad*. España: Ediciones del Sol.
- Cano, F. (2010). *Escrituras, jóvenes e identidad: del diario íntimo al blog*. Clase 5. Especialización en Lectura, escritura y educación. FLACSO.
- Cammertoni, M. (2023). *La escritura académica y el rol de la Inteligencia Artificial (IA)* — Primer Congreso Internacional Wikimedia, Educación y Culturas Digitales (2023)
- Benveniste, É. (2014). "De la subjetividad en el lenguaje". En: *Journal de Psychologie*. París: PUF.
- Genette, G. (2018). "Discurso del relato. Ensayo del método". En. *Figuras III*. París: Seuil.
- Mossello, F. (2019). *Cuadernos semióticos*. España: EAE.
- Ong, W. J. (1994). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de cultura económica.